

Medio	El Mercurio
Fecha	26-09-2010
Mención	Artículo de Jorge Larraín, vicerrector académico de la Universidad Alberto Hurtado. Escribe sobre la Identidad chilena.

TRIBUNA | Un acercamiento crítico:

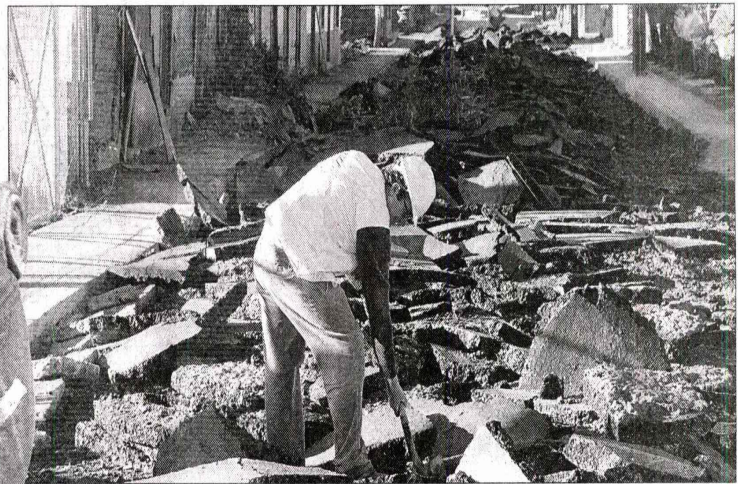
LA IDENTIDAD CHILENA y el Bicentenario

Los relatos de identidad se refieren no sólo a lo que somos, sino también a lo que queremos ser; no se constituyen sólo en el pasado remoto, son también un proyecto de futuro. Algunos duran poco y desaparecen, otros son de más larga duración y marcan predisposiciones más estables, plantea Jorge Larraín en este recorrido a través de algunos de nuestros rasgos identitarios.

JORGE LARRAÍN



La Guerra del Pacífico marca un momento especial en el cual se crea un sentido más fuerte de pertenencia y comunidad.



HECTOR FLORES

La espontaneidad permite reacciones más desinteresadas en las que compasión o solidaridad se sobreponen al cálculo egoísta.

JORGE LARRAÍN

Las identidades nacionales tienen varias dimensiones íntimamente unidas. Por un lado expresan un sentimiento de unidad, lealtad recíproca y fraternidad entre los miembros de la nación. Por otro, se manifiestan en una pluralidad de discursos que construyen una narrativa acerca de la nación, su origen y su destino. En cada época, alguno de esos relatos predomina en el favor popular.

Estos relatos se refieren no sólo a lo que somos, sino también a lo que queremos ser; no se constituyen sólo en el pasado remoto, son también un proyecto de futuro. Las identidades nacionales tienen contenidos que no son precisamente rasgos psicológicos permanentes, pero que como consecuencia de acontecimientos históricos van dejando una impronta más o menos profunda en la nación. Algunos duran poco y desaparecen, otros son de más larga duración y marcan predisposiciones más estables.

Aunque muchos elementos identitarios tienen una presencia de larga duración, las identidades nacionales no son esencias inmutables, se construyen en el tiempo y van cambiando: aparecen nuevos relatos identitarios predominantes, se modifican los sentimientos de fraternidad, cambian los contenidos, se conciben nuevos proyectos de futuro.

Simulación y legalismo

No es posible hablar de identidad chilena sin mencionar el importante legado de la colonia. Allí se formó una síntesis identitaria dominante en la que priman las orientaciones de la vida rural, el apego a la tierra y una profunda religiosidad. Todo esto, presidido por formas autoritarias de gobierno y una iglesia católica, indistinguible del poder político, que impone la religión a los indios por la fuerza. La mentalidad dominante es intolerante y sospecha de la modernidad científica ilustrada, tiene una actitud racista frente a los indígenas, desprecia el trabajo manual, es machista y tiende al legalismo hipócrita del "se acata, pero no se cumple".

De aquí surgen algunos rasgos de larga duración de nuestra identidad, como la simulación. Para salvar la vida, muchos indios simulaban convertirse, mientras

para salvar sus ganancias, muchos españoles simulaban acatar las órdenes reales de no maltratar a sus indios. Actualmente reconocemos este rasgo en nuestro excesivo legalismo, la adherencia formal y ritualista a la norma, que encubre una disposición a ignorarla en la práctica; y también en nuestra pasión por la cosmética, "el aparecer bien" para triunfar en la vida, el que "no se note pobreza".

Las formas de ostentación en mansiones y vestimentas de la oligarquía en el siglo XIX se prolongan hoy en la importancia desmedida de los expertos en "imagen" pública. A esto se añade una persistente religiosidad popular cúllica y ritual de procesiones y actos masivos alejados de la cotidianidad. Otro rasgo que nace de una inseguridad vital muy fuerte determinada por una naturaleza difícil, la pobreza y la violencia de la conquista, son el cortoplacismo y la imprevisión: el tiempo es corto, y hay que

aprovechar el momento. No se puede planificar ni confiar en un futuro siempre incierto y amenazante.

Espontaneidad y sobrevivencia

Pero estos mismos rasgos tienen también otro lado. La otra cara del cortoplacismo y la imprevisión es una capacidad de gozar con las cosas chicas, un saber aprovechar el momento, determinados por esa sensación de lo efímero. A ella corresponde una cierta frescura, una mayor espontaneidad de las reacciones que no siempre se "calculan" pensando en los mejores beneficios de largo plazo. La espontaneidad permite reacciones más desinteresadas en las que compasión o solidaridad se sobreponen al cálculo egoísta. La religiosidad exageradamente cúllica tiene la fortaleza de las expresiones comunitarias resilientes aun en plena modernidad y en las que la religión es más

que salvación individual. La otra cara de la simulación es la capacidad de sobrevivencia, la destreza para arreglárselas en condiciones de precariedad, la astucia para sortear situaciones amenazantes, la habilidad de desarrollar toda clase de recursos para subsistir.

Las habilidades empresariales, técnicas y de gestión que los sectores populares desarrollan en Chile, realizadas por Julio Pinto y Gabriel Salazar (la técnica del "alambrito"), están relacionadas también con esta astucia espontánea ("pillería") para presentarse con algún disfraz, para torcer un poco la verdad, para usar lo que no está estrictamente indicado, con el fin de sacar adelante pequeños emprendimientos y negocios un poco al margen de la legalidad, pero dentro de lo aceptable.

Valores ilustrados

Después de la independencia, el sentido de chilenidad era mucho más precario de lo que es hoy: se estaba saliendo de una crisis de identidad, una transición entre ser colonia española y ser país independiente, mediada por una guerra con chilenos en ambos bandos. El estado jugaba un rol importante en la creación de los símbolos, ritos y celebraciones que expresan la identidad nacional; pero en un comienzo la idea de pertenecer a una misma patria en que todos participan por igual es todavía muy débil; el sentido de fraternidad entre los chilenos es escaso, por las divisiones naturales de la guerra y también por las profundas desigualdades y exclusiones de una sociedad elitista.

En contraposición con la colonia, el discurso identitario predominante en el si-

glo XIX proponía "orden y progreso" y deshacerse de una identidad colonial autoritaria, racista e intolerante. Buscaba construir la nueva identidad con los valores ilustrados de libertad política y religiosa, tolerancia, ciencia y razón. Pero desde un comienzo se creó una distancia importante entre los principios liberales proclamados y la realidad de exclusión y explotación semiservil de las mayorías campesinas. Chile tenía que ser civilizado y erradicar sus rasgos culturales atrasados y bárbaros mediante gobiernos autoritarios, como proponía Portales.

Podría decirse que la guerra del Pacífico marca un momento especial en el cual se crea un sentido más fuerte de pertenencia y comunidad, especialmente después del Combate Naval de Iquique, que aunó voluntades y galvanizó a Chile entero. De allí que en la pluma de Palacios florezca

un relato militar y racial de la identidad chilena, que ensalza nuestras virtudes bélicas. Pero muy luego, la revolución de 1981 y la crisis económica y social en la época del centenario introducen serias divisiones identitarias. En los escritos de Recabarren y Huidobro, en los discursos de McIver y los análisis de Venegas se cuestiona el rol político de la oligarquía, la falta de oportunidades, el desquiciamiento moral y las deficiencias de la educación. Es el momento en el cual aparece un discurso político de izquierda que trae un nuevo imaginario identita-

rio, de igualdad, trabajo, industrialización y participación política de las clases medias y obreras auspiciadas desde el estado y que, con altos y bajos, predomina desde el Frente Popular hasta la Unidad Popular.

Fractura interna

Con la dictadura se entra en una etapa de crisis aguda, se reactualizan nuestros rasgos autoritarios y aparece una fractura interna en la identidad que todavía no sana del todo. Algunos ciudadanos dejaron de ser reconocidos como parte de la comunidad, su integridad física no fue respetada y sus derechos fueron sistemáticamente desconocidos. Fueron colocados fuera de la comunidad y se les negó un sentido de mínima fraternidad. Esto condujo a una sociedad dividida y traumatizada por las violaciones sistemáticas de los derechos humanos. De aquí surgen rasgos identitarios con los cuales Chile vivió cerca



de 30 años: el miedo y el menoscabo de símbolos de identidad (bandera, canción nacional) para un sector importante de la población. Recién alrededor del 2003, la autocensura y el temor a manifestarse dejan de inhibir a personas e instituciones, como la televisión. Pero también aparece ahora una insurgencia mapuche de carácter autonomista que plantea un nuevo desafío a la identidad chilena.

Desde 1990 surge un nuevo discurso identitario que ha ido ganando adeptos y está muy presente en los medios de comunicación. Se trata de un relato de carácter empresarial sobre la identidad chilena que combina cuatro elementos. Primero, se concibe Chile como país emprendedor, exitoso y ganador, donde destacan el empuje, el dinamismo, la ganancia y el consumo como los nuevos valores centrales. Segundo, se piensa Chile como un país diferente, distinto al resto de América Latina, fuera del Tercer Mundo, con rasgos europeos, donde las cosas se hacen bien. Tercero, la aspiración más sentida es el desarrollo, es llegar a pertenecer al grupo de los países desarrollados, lo que se cree es inminente, una pura cuestión de aplicar políticas adecuadas. Se desliza aquí algo de voluntarismo y reducción del desarrollo a un ingreso per cápita. Cuarto, se plantea que Chile es un modelo para otros, especialmente para América Latina. Hay orgullo de que organismos y políticos del mundo desarrollado manifiesten a menudo que Chile ha hecho las cosas bien y que otros debieran seguirnos.

En la medida en que este relato expresa no sólo un discurso, sino también el dinamismo real de la economía del país, va acompañado de sentimientos de optimismo en la población, pero más en términos de progreso individual que como un proyecto de participación colectiva. Por eso mismo se mezclan también sentimientos de desconfianza hacia otros y un malestar producto de la dura lucha por salir adelante en este nuevo tipo de competencia. Así nos encuentra el Bicentenario, más optimistas e individualistas en nuestro proyecto de desarrollo futuro, pero todavía incapaces de resolver el problema mapuche.

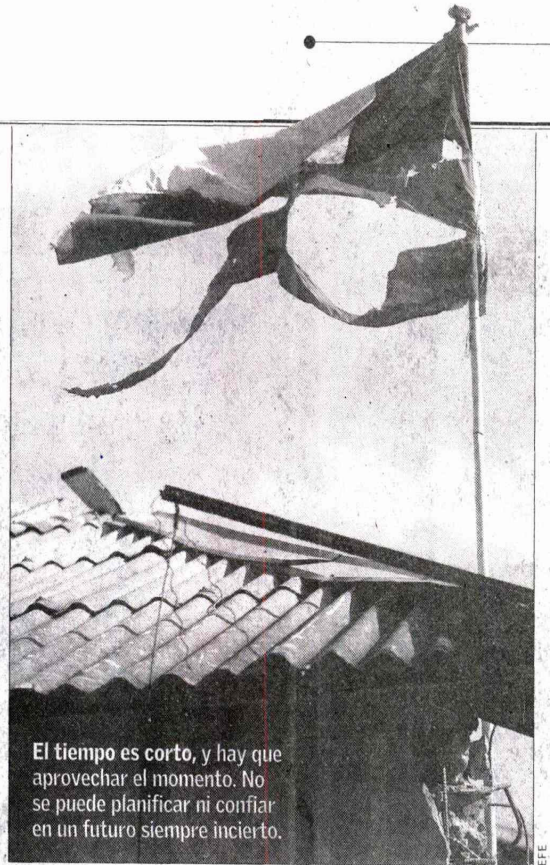
Jorge Larraín es sociólogo, vicerrector académico de la Universidad Alberto Hurtado

Comente en: blogs.elmercurio.com/cultura

La religiosidad exageradamente cültica tiene la fortaleza de las expresiones comunitarias resilientes aun en plena modernidad.

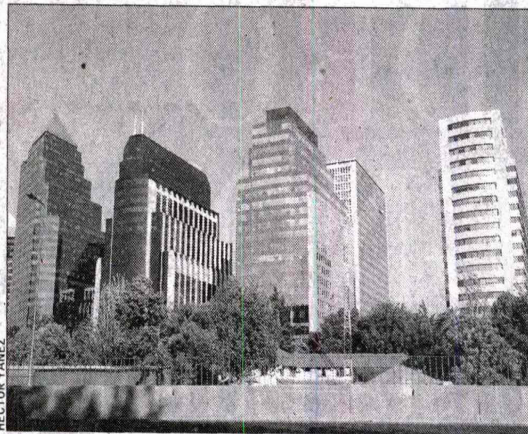


OBLISPADO DE COPIAPO



El tiempo es corto, y hay que aprovechar el momento. No se puede planificar ni confiar en un futuro siempre incierto.

EFE



HECTOR YÁÑEZ

Desde 1990 surge un nuevo discurso identitario(...) Se trata de un relato de carácter empresarial sobre la identidad chilena.